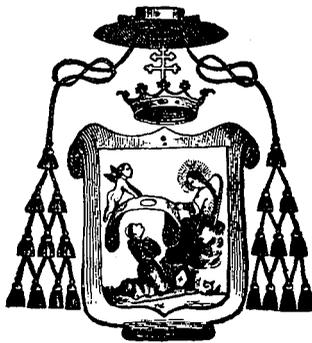


SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERIA DE FANDO.

Este Boletín está dedicado á la circulacion de las comunicaciones oficiales del Arzobispado, y demas que convenga al interés del Clero.



SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamacion dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

CONFERENCIAS PREDICADAS

POR EL REVERENDO PADRE FELIX, JESUITA, EN LA
CUARESMA DE 1858.

(Continuacion.)

¡Ah! en lugar de culpar al espíritu por su tiranía sobre la carne, es necesario culpar á la carne por sus rebeldías contra el espíritu, porque, sabedlo y entendedlo bien, vosotros, los que habláis de progreso: si el hombre se degrada, no es por conservar en su fuerza el imperio del espíritu, es por mostrarse demasiado débil ante las rebeliones de la carne.

Vosotros quereis anonadar en el hombre el despotismo del espíritu y aspiráis á la libertad de la carne, á la libre expansion de la carne. Ensayad con ese principio la educacion de un niño, ensayad la educacion de un pueblo: ¿sabeis lo que hariais en ese niño y en ese pueblo? conducirlos á ambos á la degradacion, ya que no á la destruccion. Abandonad á un niño á las exigencias de su cuerpo; dejadle libre de las represiones del espíritu á la libre expansion de su carne: ¿qué sucederá? que se degradará, que se enervará y se destruirá á sí mismo.

El animal se detiene por la fuerza del instinto en el límite de lo necesario; el niño traspasará ese límite; hará que su espíritu contribuya á la ruina de su cuerpo y uniendo á las groseras satisfacciones de la carne, la inmensidad naciente

de sus deseos, romperá ese débil instrumento, muy fuerte para suscitarlas y muy débil para saciarlas. Si lo dudais, preguntad á los que saben, preguntad á los discípulos de Hipócrates, que han retenido la leccion del maestro, lo que puede llegar á ser un niño entregado á esa educacion homicida, que rehabilitando la carne se precia de engrandecer á la humanidad. ¿Imaginais, señores, lo que llegaría á ser un pueblo, que marchase á su progreso bajo esta bandera de ignominia, *rehabilitacion de la carne*? ¡Ah! lo que llegaría á ser, yo no me atreveré á decirlo; pero por muy grande que fuera, marcharía con paso precipitado adonde ban ido y adonde irán para siempre todos los pueblos que practican esta fórmula.: al estado salvage, á la barbarie al menos. Porque, no lo dudeis; la rehabilitacion de la carne, si llegára á hacerse, llevaria al hombre á la destitucion del espíritu. ¿Y qué otra cosa es la destitucion del espíritu, la decadencia del alma, en la naturaleza humana? Todo responde, que es el estado salvage, el estado bárbaro. En los hombres como en los pueblos, cuanto mas se dilata el reino de la carne, tanto mas se reduce el reino del espíritu. Ese equilibrio perfecto, esa igualdad armónica del espíritu y de la carne, ese mentis dado al cristianismo no se parece á nada mas que al que dan en la historia los sistemas humanitarios, que no tienen ni aun el mérito vulgar de conocer un poco á la humanidad.

Pero prescindamos, señores, por un momento de lo que atañe á la humanidad en general, y aplicando nuestras doctrinas á las necesidades de

nuestro siglo, preguntemos á la humanidad contemporánea, tal y como se nos presenta, si es esa doctrina la que nos puede salvar, y si puede ser para nosotros esa bandera una bandera de progreso.

¡Ah, señores! cuando considero lo que pasa en derredor nuestro, hoy que el cristianismo arrastrando aun tras sí á la humanidad generosa, conserva tan firme y tan elevado, en medio de las naciones, el imperio del espíritu, no puedo menos de preguntarme lo que sucedería, si desapareciendo ese gran imperio del espíritu con todos los que le aceptan, nada quedara en medio de nosotros para hacer marchar á la humanidad por las vías de sus progresos, mas que el imperio de la carne y los que se proclaman súbditos suyos. Yo os ruego que me digais donde está, en este momento en que os dirijo la palabra, en Francia y en toda la Europa, el peligro de la humanidad y la causa de su decadencia. Se invoca la represión del imperio del espíritu y la dilatación del imperio de la carne; pero ¿es porque hoy reina demasiado el espíritu sobre las muchedumbres, y porque la carne no reina bastante? ¿están demasiado reconocidos los derechos del espíritu y demasiado olvidados los derechos de la carne? Pues qué ¿está el espíritu demasiado exaltado y la carne demasiado humillada? ¿Y en esto consiste nuestro peligro? ¿y lo que amenaza corrompernos, perdernos y degradarnos, es el exceso de nuestros ayunos, de nuestras abstinencias, de nuestras flagelaciones, y de todas nuestras austeridades? ¿y el peligro de nuestro siglo está en vuestros cilicios, en vuestras disciplinas, y en todos esos terribles instrumentos con que vuestro lúgubre ascetismo flagela, atormenta y abate vuestros cuerpos? ¡Ah! no lo creais; vuestra sonrisa al escuchar estas palabras, me dice bastante, que vosotros, del mismo modo que yo, conoceis que el peligro está en otra parte. Lo que nos amenaza, no es, en verdad el exceso de austeridad cristiana, es su ausencia; lo que pierde á la humanidad de nuestros días no es el reino exagerado del espíritu, es la dominación inmoderada de la carne. Alrededor de mí encuentro cuerpos destrozados y encorvados antes de tiempo ¿pero quién los ha encorvado? encuentro vidas caducas y marchitas prematuramente, ¿pero quién las ha marchitado? ¿quién las ha inferido el oprobio de una caducidad precoz? Yo veo rostros pálidos y demacrados en la primavera de la vida; ¿de dónde proviene esa palidez? ¿cuál es la causa de esa demacración? ¿es el exceso de la

penitencia ó el exceso de las disipaciones? ¡quízás! y entre esos seres destruidos y desfigurados, que caen del teatro del mundo al seno de los hospitales centro de todos los dolores ¿cuántos son los que han caído arruinados por el exceso de la austeridad cristiana? Ni uno solo. ¿Cuántos son los que han caído por el exceso de la voluptuosidad y de la disipación paganas? ¡Ah señores! yo no me atrevo á responder; ¡y aun se cree que no es bastante grande ese imperio de la carne, que señala su paso en la vida por ultrajes irreparables y algunas veces con manchas indelebles de decadencia y de oprobio! ¡Y aun hay quien se atreva á pedir para la carne nuevos derechos, nuevas rehabilitaciones y un nuevo imperio!

¡Ah, señores! los derechos de la carne no solo están bastante reconocidos, sino que lo están demasiado; lo que se viola, lo que se ultraja hoy, es el espíritu, ó sus derechos y prerogativas. La carne está halagada, acariciada y adulada; la carne está adornada, embellecida y perfumada, y permitidnos esta palabra familiar, la carne está como guardada en conserva. Pero no es esto todo, la carne está hoy exaltada, glorificada y cantada; sin que nada la falte para restituírnos al paganismo, mas que el que se haga adorar, y hay tambien quienes la adoran. Sí, la carne está enaltecida, y encuentra adoradores despues de diez y ocho siglos de cristianismo, en un mundo, cuyas costumbres yo no puedo pintar.

Aun aquellos mismos, que reconocen con el reino del verdadero cristianismo, el reino del espíritu, son humildísimos y sumisos servidores de la carne. Hay un mundo cristiano que tiene horror á la austeridad cristiana; la molición de nuestro tiempo se hace traición á sí misma de todos modos y maneras. En Paris se destinan tres meses para placeres, á fiestas, á espectáculos, á bailes, á danzas y á festines, todo para mas honrar la carne, todo para mas satisfacer sus exigencias. Otros tres meses se emplean en restaurar con las brisas de las playas y en sumergir en las olas del mar, una carne enmuellecida por la atmósfera de los placeres y conmovida por el contacto de los goces de la tierra. Otros tres meses se emplean en buscar, como las aves que huyen del aquilon, soles cálidos y climas sin rigores; y el resto del año se pasa en no hacer nada, meciendo su pereza en la cima de los goces ó aislándose en el retiro de la propia morada para preservarse de la injuria de las escarchas. Tal es,

señores, la órbita afortunada en que hace su revolucion anual la vida contemporánea de muchas gentes; primavera eterna en que todo está arreglado, no por la providencia de Dios, sino por la molicie de los hombres, para que el cuerpo no encuentre ni una privacion que le állija, ni un viento que le hiera.

Despues de tantas atenciones, invenciones é industrias imaginadas por el espíritu del siglo, para conservar al cuerpo su savia, su flor, su belleza y su fuerza, viene la austera cuaresma, con sus rigores siempre mas dulcificados. Todos los cuerpos son demasiado débiles para soportar el peso del ayuno; pero hay una minoria bastante robusta, que aceptando este peso, aparece ante nuestro siglo como una especie de raza atlética y su austeridad es una virtud heroica que el vulgo de los cristianos no puede imitar, ¡Oh progreso! Y en tanto que en las enervaciones de la carne el ayuno desaparece todos los dias, ¿qué llega á ser la abstinencia? En otro tiempo, cuando estaba en su vigor la austeridad cristiana, bastaban los vegetales para prolongar la vida hasta los setenta años, y á nadie se ocurrió la idea de que el comer carne de animales fuese en el hombre una condición de vitalidad. ¡Oh tiempos! ¡oh costumbres! La Iglesia Católica imponiendo durante el año una ley de mortificacion, dice á sus hijos: «En dos dias de la semana no comerás carne de animales» y hay sitios en que el progreso del siglo ha marchado mas, reduciendo á un solo dia la ley de la abstinencia. ¡No comer carne en un solo dia de los siete de la semana! La Iglesia Católica se atreve á mandarlo: pero nuestro siglo no se atreve á cumplirlo, y responde: «Eso es imposible.» Id á ver á los cristianos colocados el viernes alrededor de la mesa á que vienen á sentarse los que no reconocen la obligacion de honrar con su abstinencia la memoria de su Dios Crucificado, ¡qué irrisión de la ley de la Iglesia y de la Pasion de Jesucristo! La prevaricacion de tal modo está erigida en hecho universal, que ni aun se tiene en cuenta la posibilidad de una escepcion. Cristianos á cristianos y católicos á católicos, se imponen la necesidad de violar su ley y de ultrajar á su Dios. Así lo quiere el siglo, cuyo festin no está preparado para los violadores de la ley de Jesucristo. Y si acaso aparece por allí un cristiano de los antiguos dias, que se atreve á protestar con su abstinencia contra la universal violacion, se le mira con estrañeza, y todos los discípulos del progreso sensual esclaman con asombro: ¿Quién es este

bárbaro que puede vivir un dia entero sin comer carne? ¡Oh progreso!

Pero al oír este discurso, direis acaso: vos olvidais que nuestros cuerpos no tienen el vigor que antes. ¡Ah! teneis razon: nuestros cuerpos no tienen ya el vigor que los de los cristianos de los antiguos dias, convengo en ello, y estoy muy lejos de olvidarlo; pero yo pregunto ¿cuál es la causa de esta diferencia? ¿por qué sois vosotros menos robustos que vuestros padres? ¿por qué nos presagian vuestros hijos que han de ser mas débiles que vosotros mismos? ¿por qué vuestros cuerpos se van debilitando cada dia mas? Porque todo conspira alrededor de nosotros á enervarlos mas y mas. Porque la atmósfera en que viven y se desenvuelven, es una atmósfera esencialmente enervante, porque quitais á los cuerpos, como os afanais por arrebatar á las almas el aguijon del dolor, el nervio de la austeridad, y el fortificante de las privaciones; porque lo que se llama hoy con un nombre que jamás tendria el honor de llegar á ser francés, *lo comfortable*, no es, por una irrisión del lenguaje, mas que la universal debilidad de estas almas aceleradas por la molicie de los pueblos.

Ved ahí el círculo doblemente vicioso en que nuestro siglo lleva á las generaciones llenas de molicie á través de las atenciones en favor de la carne. Y para librarnos de este ensayo y de este desórden siempre creciente, en que como en todo desórden, la humanidad no encuentra mas que debilidad y decadencia, para restituírnos la fuerza y la armonía, se viene á proponernos la rehabilitacion de la carne, y se tiene la osadia de pedirnos demos á la carne mas participacion en la vida y disminuycamos poco á poco para llegar bien pronto á suprimir todo lo que ha hecho nuestra fuerza y nuestra restauracion, el resorte de la austeridad y la ley de la mortificacion.

¡Ah, señores! si quereis saber cómo podeis salir de ese círculo fatal en que el error quiere encerraros para siempre, yo os lo diré en una sola palabra. Saldreis de ese círculo entrando en el camino del Calvario. El sensualismo pagano os degrada; la austeridad cristiana tendrá poder para repararos. Yo decia en el domingo último; el orgullo nos ha perdido, la humildad nos salvará, y yo añado hoy; la molicie pagana nos pierde, la austeridad cristiana nos salva. Se os pide la rehabilitacion de la carne, nosotros os pedimos la rehabilitacion del espíritu; porque lo que en nuestros dias está esclavizado, humillado y abatido, no es la carne, es el espíritu.

Restáurese el espíritu en medio de vosotros; vuelva á renacer su imperio en el siglo XIX, pero vuelva á renacer sin perder nada de lo que fué al principio, haciendo que toque su cetro á la cruz de Jesucristo y apoyando su trono sobre la roca del Calvario. Yo, señores, no exijo de vosotros como ley de vuestra vida la práctica de los cristianos mas grandes: yo no os digo que cubrais vuestros cuerpos con cilicios, ni que los cargueis con cadenas de hierros, ni tampoco que como los hombres heroicos, empapeis la energia de vuestras almas en la sangre de vuestras heridas; pero si os diré, que acepteis con medida la ley de la austeridad que es vuestra ley. Tomad, pues, parte en la vida del Calvario y guardad para los heroismos que no podeis imitar, una admiracion sincera y respetos inagotables.

¡Ah! yo sé muy bien que la penitencia corporal, el ayuno, la abstinencia, la disciplina y la flagelacion de los santos, dá que reir á los pensadores de este tiempo, demasiado sábios para practicar semejantes locuras. Ellos tienen mas consideraciones para la carne, mas respeto y sobre todo mas amor, para el cuerpo, y sonriendo dirijen á la austeridad cristiana estas palabras: Ascetismo, edad media, fanatismo, demencia!... La verdad es, que castigar voluntariamente á su cuerpo para vengar la dignidad del alma ultrajada por sus rebeliones, es una cosa santa y sublime; la verdad es, que para conceder á su cuerpo el placer, basta ser cobarde, y que para dar á su cuerpo el dolor voluntario con un fin de restauracion moral, es necesario ser valeroso, es necesario ser verdaderamente grande, la verdad es, en fin, que esta raza de mortificados, sabe mejor que ninguna otra sostener en su verdadera altura el nivel de la humanidad, y lleva en su mano intrépida, con el azote con que á sí misma se mortifica, la bandera del progreso.

Esta raza heroica, bendito sea el cielo, no se ha estinguido aun, y me considero dichoso al enseñaros, si es que teneis la desgracia de no saberlo, que estos heroismos y estas maravillas de la austeridad cristiana, no han sido jamás relegadas al dominio de la arqueologia sagrada. Su historia es aun una historia viva. La tradicion del Calvario no ha caido en el olvido, y las orgías de un paganismo nuevo, no han ahogado en el siglo XIX las santas austeridades de la Cruz. Hay entre vosotros quienes bajo un vestido que reclaman las exigencias del mundo, llevan otro que satisface á las exigencias del Calvario y regocija los ojos del Crucificado. A todos esos.

grito con toda mi alma: valor, valor á todas las víctimas voluntarias, valor á todos los flagelados, valor á todos los coronados de espinas, valor á todos los que llevan la Cruz de Jesucristo, valor á todos vosotros, héroes de la humanidad que sube, á todos los que nos preceden en la via del Calvario. Si no podemos seguimos de cerca, os seguiremos de lejos, porque vosotros solos sois los que estais en el camino que es necesario seguir. El camino del progreso, como el del Calvario, es un camino doloroso; con vosotros subiremos por él, llevando en las luchas de la carne y en las agonías del espíritu la única bandera que puede guiarnos á nuevos progresos: la bandera de la austeridad cristiana que triunfará una vez mas en el mundo del sensualismo.

Traducida por L. C. y Sol.

(Se continuará.)

ANUNCIO.

Se halla vacante el Magisterio de instruccion primaria de niños de Campo Real, en la provincia de Madrid, dotado con unas capellanías cóngruas colativas, título de ordenacion, cuyo patronato corresponde al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, á quien en el término de treinta dias, á contar desde la publicacion de este anuncio, y con arreglo al art. 183 de la ley vigente de Estudios, dirigirán sus solicitudes los aspirantes, que deberán ser Sacerdotes, ó tener aptitud para serlo. Sus cargas son la enseñanza gratuita, cuarenta Misas rezadas y un aniversario. Además de las rentas de las capellanías, puede contar con celebracion segura.

COMPENDIO DEL TOLEDO EN LA MANO,

Ó DESCRICION ABREVIADA DE LA CATEDRAL Y DEMAS MONUMENTOS TOLEDANOS, POR DON SISTO RAMON PARRO.

Un tomito en octavo con 224 páginas de buena y compacta impresion, que contiene todo lo mas interesante para el curioso que visita esta célebre ciudad, extractado de la mencionada obra por su mismo autor, y un itinerario claro y completo que facilita al viagero su paseo por la poblacion con ahorro de fatiga y economia de tiempo.

Se vende encuadernado en rústica á ocho reales en las librerías de Fando, calle Ancha, núm. 34 y de Hernandez, Cuatro Calles y calle Ancha, núm. 96.

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

IMPRESA DEL MISMO, CALLE ANCHA, N.º 34.
TOLEDO:—1839.